

Presentación del Señor. Iconografía

Con el nacimiento del arte cristiano, y como consecuencia del monoteísmo que éste imponía fueron frecuentes las representaciones de los temas de la vida de Cristo, entre ellos su infancia. En muchas de estas obras de contenido infantil se hace referencia de manera implícita a la Pasión -"según Santo Tomás, Jesús desde el momento de su concepción, tuvo como primer pensamiento la Cruz.

LA CIRCUNCISIÓN Y LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO

“Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el Ángel antes de ser concebido en el seno” (Lc 2, 21)

Se podría decir que, en el arte cristiano, el primer dolor representado es la Circuncisión, escena que se desarrolla en el Templo, con la presencia del Niño desnudo, colocado sobre una mesa de altar cubierta por unos pañales blancos. Este tema lo encontramos escuetamente descrito en el evangelio de San Lucas y, de manera más extensa, en los Apócrifos -el Pseudo Mateo, el Evangelio Árabe y el Evangelio Armenio-. Después, los tratadistas y autores han creado una extensísima casuística de interpretación, cambiando el lugar de la escena, de la cueva al templo, así como los personajes autores del hecho, no faltando quien considere a la propia Virgen María autora de la circuncisión de su Hijo. Otros señalan a San José; otros al sacerdote del Templo.

Dicha composición iconográfica se suele identificar o confundir con la escena de la Purificación de la Virgen o Presentación del Niño Jesús en el Templo. En ambos casos el Niño, acompañado por sus padres es llevado al templo o está ante un sacerdote; además, si con la circuncisión se hace referencia al primer derramamiento de sangre de Jesús y con él se presagia su pasión en la Cruz, en la escena de la Purificación y Presentación en el Templo, el viejo Simeón también anunció a María el martirio “Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser señal de contradicción -¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”. Como ejemplo de Circuncisión se puede destacar la pintura que Juan de Roelas realizó en 1604 para el retablo principal de la iglesia de la Anunciación de Sevilla. Ésta obra posee un contenido iconográfico que sobrepasa el acto de la Circuncisión o Presentación en el Templo, para convertirse en una exaltación de la grandeza de la orden jesuítica. La escena se desarrolla en tres planos. En el inferior aparecen arrodillados San Ignacio de Loyola (a la derecha) y San Ignacio de Antioquía (a la izquierda). El primero justifica su presencia por ser fundador de la Compañía de Jesús, orden a la que pertenecía la iglesia; el segundo por ser el portador del nombre que más tarde sería el del glorioso Ignacio de Loyola y por haber pronunciado el nombre de Jesús en el momento de su muerte en martirio. Ambos llevan el anagrama de Jesús inscrito en sus pechos, figurando junto a San Ignacio de Antioquía un león, símbolo de su martirio, y una tiara episcopal. En el segundo plano se desarrolla el momento de la Circuncisión, describiéndose el momento en que San José entrega el Niño a la Virgen para que le sostenga durante la ceremonia. Al fondo a la izquierda, y emergiendo de la penumbra ambiental, aparece el sacerdote con un cuchillo, y junto a él un acólito con un plato. Según la versión que los jesuitas daban a este tema, sería el propio San José quien realizaría la circuncisión, mientras que la Virgen sostendría al Niño. En el plano superior, en un rompimiento de gloria, aparece el anagrama del nombre de Jesús, representado como un sol. De esta forma se vincula alegóricamente la ceremonia de la Circuncisión con la imposición del nombre de Jesús al Niño, y al mismo tiempo se exalta el anagrama que reúne la frase “Iesus Hominum Salvator”, que es el emblema de la Compañía de Jesús.

PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN Y PRESENTACIÓN DEL NIÑO EN EL TEMPLO

La diferencia más significativa entre ambos temas es que en así como en el de la Circuncisión siempre aparece un sacerdote portando el objeto con el que se haría el corte, en el de la Purificación de la Virgen y Presentación del Niño en el templo, ya no aparece este objeto, aunque sí el sacerdote. Además, pero en algunas representaciones, debido al dolor que las palabras de Simeón producen en María, la Virgen es interpretada en actitud de desmayo, tal como lo vemos en el relieve que Juan de Juni, realizó para el retablo de la Capilla de los Benaventes, ubicado en la iglesia de Santa María de Medina de Rioseco.

Como Sánchez Cantón afirma, “Juni siempre busca mover el espíritu del contemplador, extremando actitudes, ademanes y gestos”. Otro ejemplo de este mismo tema, aunque de temperatura menos alta y más sereno ambiente, es la versión que Alonso Cano pinta para la Capilla Mayor de la Catedral de Granada, en 1644, donde la monumentalidad del

escorzo, que obliga el punto de vista bajo, se ambienta con el espacio arquitectónico donde se enmarca. La figura de la Virgen, pensativa y solemne, parece oír la profecía de Simeón con la resignación del "fiat".

La pintura recoge el acontecimiento narrado en el evangelio de Lucas: "Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor" (Lc 2, 22-24). Posteriormente, el evangelista relata el alborozo del anciano Simeón cuando vio al niño, su profecía y la de la profetisa Ana (Lc 2, 25-38). El lienzo de Cano se basa únicamente en la primera parte de la narración; la llegada al templo de Jesús en brazos de su Madre y en compañía de José y la recepción del sumo sacerdote. Junto a uno de los acólitos que acompaña al sumo sacerdote se halla una mujer que probablemente sea la profetisa Ana; el pintor no inserta en la escena al anciano Simeón. En la escalinata, Cano figura en primer plano una pequeña cesta con los pichones de la ofrenda; éste es otro matiz que define con nitidez la historia y la hace diferenciarse con la de la circuncisión ya que como se expone en la narración de San Lucas, para poderse llevar a cabo la purificación era necesario el sacrificio animal.